

que hizo al P. san Agustín, que al oírlo, resolviendo dejar ya todas sus abominaciones, exclamó: ¿unas gentes sin instrucción se arrebatan el reino de los cielos, y nosotros con toda nuestra sabiduría nos revolcaremos siempre en los vicios? El mismo Padre cuenta de dos amigos suyos, que habiendo visto casualmente escrita esta vida en una casilla de campo, desde allí mismo dejaron el palacio del emperador á quien servían, y se retiraron al desierto. También santa Teresa de Jesús hace mención de algunas almas de su tiempo, que imitaron en España los mismos rigores de nuestro santo en la Tebaida.

¡Quién pudiera conducirnos ahora á aquel mismo desierto, en que este gran siervo de Dios vivió y murió; y que sus monjes os manifestasen todos los lugares que él santificó con sus heroicas acciones, como lo ejecutaron con la inmensa multitud que ocurrió de todo el mundo, cuando se divulgó su fallecimiento! Aquí oraba, decían, y llegó á estar tres días enteros de rodillas, sin interrumpir su oración: allí tomaba el corto alimento, que no podía negarse sin pecado; pero nunca lo tomó mas frecuentemente que cada tercer día, y solía pasar hasta ocho y quince sin gustarlo: mas allá se disciplinaba hasta dejar el suelo empapado en su sangre: este es el lugar donde sanaba los enfermos, sin que ni uno solo volviese á salir con su enfermedad: aquel, donde nos hablaba á todos palabras de vida eterna: esotro es donde terminó sus admirables días. Ocurrid allí á lo ménos espiritualmente, para que se transforme en Antonio vuestro corazón, como sucedió al grande héroe de Padua, que resolvió adoptar, no solo las virtudes, sino hasta el nombre mismo de Antonio.

No hay otro modelo mas propio para enseñar á los principiantes á dejar los vicios, á los aprovechados á practicar las virtudes, y á los perfectos á aumentar la perfección. Pero, hermanos míos, si no dejáis enteramente al mundo como él, dejad á lo ménos vuestras pasiones: *sint lumbi vestri præcincti*. Si no os vais al yermo á tener una vida eremítica, no dejéis de las manos el retiro y la oración: *et lucernæ ardentes in manibus vestris*. Finalmente, si no esperáis al Señor, combatiendo contra los enemigos de vuestra fe, combatid siempre contra los enemigos de vuestra alma. Este es el modo de participar de la santidad de Antonio sobre la tierra, y de su eterno galardón en el cielo. Amen.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EL TEMOR DE DIOS HIZO FUERTE Á SAN ANTONIO ABAD
CONTRA TODAS LAS TENTACIONES.

*Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione
Deus illum conservabit et liberabit à malis.*

Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno; el Señor le
librará de todos y le conservará firme en la tentación.

Ecclesiastic. c. 33. v. 1.

No necesitaba de nosotros, y el Señor con la fuerza omnipotente de su brazo nos sacó de la nada, nos crió á su imagen y semejanza y sujetó á nuestro dominio á los peces del mar, á los volátiles del aire y á todos los animales de la tierra. Su providencia vela incesantemente sobre nosotros, nos cuida y conserva con el amor de un padre, nos defiende de los peligros, nos regala y llena de beneficios, y si rebeldes y olvidados de su bondad correspondemos con ingratitudes, su infinita misericordia nos perdona, nos compadece y nos admite de nuevo á su reconciliación. Después que un Dios por esencia, después que un Dios infinitamente poderoso, después que un Dios sabio, justo, independiente, eterno, tomó carne en el seno de una virgen, se hizo hombre y habitó entre nosotros, precisamente para nuestro bien y para nuestra salud: después que este mismo Dios se ofreció á sí mismo víctima de propiciación, y derramó su sangre en una cruz para lavar con ella los pecados de los hombres, ¿quién podrá dudar que nos ama y que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?

Pero ¿cómo es que estos mismos hombres son al mismo tiempo tan infelices, tan perseguidos, tan rodeados de peligros, tan acometidos de tentaciones, que en todas partes y en todas las edades los asalta el mundo, el demonio, la carne, que como leones rugientes acechan y buscan día y noche su perdición y su ruina? Aún después de nuestra degradación y haber quedado vencidos por el pecado del primer hombre, esta es cabalmente, hermanos míos, una nueva prueba que nos manifiesta el amor de nuestro Dios. Las tentaciones nos hacen ver la necesidad que tenemos de su gracia, nos hacen conocer nuestra extrema pobreza é insuficiencia, nos enseñan á compadecernos de las caídas de nuestros prójimos: ellas son para el alma lo que el crisol para el oro, son el viento que prueba si está el árbol bien arraigado, son las heladas que hacen arraigar el trigo de la virtud en la tierra del corazón, son los martillos con que labra Dios al alma la corona eterna.

Dios es fiel, hermanos míos, os diré con san Pablo, y no permitirá jamás que seáis tentados más de lo que podéis sufrir. No hay iniquidad en Dios, nosotros pertenecemos á él como cosa propia, y como á cosa propia nos conservará: pongamos en él nuestra esperanza que él será nuestra esperanza, nuestra ayuda, nuestro refugio, nuestra salud, nuestro consuelo y nuestra fortaleza: no temamos por grandes, por amargas, por repetidas que sean nuestras tentaciones. *Al que teme á Dios, nos asegura el Espíritu santo, «no le sucederá mal alguno, y en la tentación le conservará su Dios, y le librá de caer.»* *Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione Deus illi conservabit et liberabit à malis.*

No son estas verdades de nuestra religion unas ideas especulativas ó planes puramente imaginarios é irrealizables. Contemplemos en este rato á ese héroe de fortaleza, á ese varón tentado y acometido por todos los medios imaginables y extraños, á san Antonio Abad, objeto de nuestros cultos y cuya gloriosa memoria recordamos en este día para nuestra edificación y consuelo; contemplemosle con la rapidez que permite un ligero discurso, y descubriremos hasta la evidencia la realidad de la verdad que os anuncio. El infierno entero se conjura y alarma contra él, y él se burla y se mofa de todo el infierno junto. No hay tentación que no padeciese, no hay peligro ni precipicio que el demonio no le pusiese delante, y de todo le puso á salvo

el Señor. Temió á su Dios, y su Dios le conservó y libró de todo mal.

Así pienso daros á conocer á san Antonio Abad en este rato, ayudado de las luces del Señor que tanto se complace en las honras que tributamos á su siervo, y que nos condenará en el postrero de nuestros días, si contentándonos hoy con admirar el valor y las victorias de san Antonio Abad, no nos resolvemos á pelear con las armas que él peleó, á vestirnos de la armadura de Dios de que él se vistió, á andar el camino que él anduvo y á usar de los mismos medios que él usó. Sea este, Dios mío, el fruto de mis palabras y la gracia que nos concedáis por la intercesión de María santísima. *Ave Maria.*

Habiendo sembrado el padre de familias buena semilla en su heredad, ¿de dónde es que ha nacido tanta cizaña?.... Al ver al mundo tan lleno de iniquidad y depravación podemos preguntar al hijo del hombre, ¿en qué consiste que habiendo sembrado buen trigo nazca tanta hierba mala en toda la heredad? Es, nos dirá, porque habiéndose dormido los hombres, vino el hombre enemigo y la sembró. Ved aquí el origen de los males del mundo, y de que los hombres sucumban con tanta frecuencia á las tentaciones. Se duermen, no velan ni oran, no temen á Dios como san Antonio Abad. Temiéndole este aprendió á no exponerse voluntariamente á la tentación, á armarse contra ella, y á saberla resistir con prudencia. Tres cosas que practicó, y que son indispensables para salir con victoria.

Es casi inevitable la caída cuando el hombre se pone voluntariamente en el peligro, porque el que ama el peligro, dice el Espíritu santo, perecerá en él. El enemigo común, dice el real Profeta, está como un león metido en su cueva armando lazos y asechanzas, dando bramidos, pero no puede herir, en nada puede ofender por sí solo, y para recibir el daño es preciso acercarse á él, buscarle, ponerse al alcance de sus astucias y elegir por su antojo la ocasión. Aquel que guiado del espíritu divino se halla en los peligros; el que no se pone en la ocasión por su voluntad, sino porque le conduce á ella la voluntad de Dios, no tema, porque caminará sin miedo sobre los leones y dragones, y pisará con desprecio los áspides y basiliscos.

Los leones no ofendieron á Daniel : el fuego del horno no hirió á los tres niños de Babilonia : la serpiente fué báculo para Moises; porque ni Daniel, ni los niños, ni Moises se expusieron voluntariamente á los peligros, sino que los tomaron por cumplir la voluntad de Dios. El pueblo de Israel, dice san Basilio, atravesó el mar Rojo con la mayor seguridad, porque Dios se lo mandó; y los egipcios se anegaron en sus corrientes, porque ellos mismos por sí se arrojaron y entraron en ellas. David se puso por su voluntad en la ocasion, y tuvo que llorar y arrepentirse de su crimen toda su vida, y José guiado por Dios á la corte de Faraon, sale con victoria de entre las violencias de su Señora, como hace observar san Ambrosio. San Antonio Abad salió triunfante de entre las tentaciones mas crueles é inauditas, porque desde los principios temió á su Dios; no se expuso á los peligros, no hizo su voluntad sino la de su Padre celestial.

Observando una vida irreprochable desde su niñez en la compañía de sus cristianos padres; si á su fallecimiento renuncia á todos sus bienes, á sus esperanzas, á la compañía de una hermana querida tiernamente; si como el príncipe de los apóstoles lo renuncia todo y se renuncia tambien á sí mismo, y huye á la soledad en seguimiento de Jesucristo, no es movido de su amor propio, de su vanidad, de una repentina devocion; no es cansado y enfadado ya de los placeres del mundo y de beber de la copa de la prostituta Babilonia, sino despues de una larga y madura reflexion, despues de repetidos suspiros dirigidos á su Dios para que se dignase encaminarle á la perfeccion, despues que el Señor le manifiesta su voluntad, haciendo una impresion admirable y eficaz en su alma las palabras que oye decir en la iglesia á un ministro del Evangelio : « si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y sígueme; así hallarás un tesoro en el cielo. »

Oculto ya en un áspero y espantoso desierto, trabaja con sus manos para adquirir lo necesario para su escaso sustento, y mas que todo para evitar la ociosidad, que es la fuente de todos los vicios. Inspirado por Dios se introduce en el yermo, y temeroso de que le precipiten los honores y aplausos de los demas solitarios, la pública estimacion que le adquiria la fama de su santidad, que resonaba por todas partes, el innumerable concurso que venia á buscarle á todas horas para saber y reci-

bir de su mano el remedio de sus dolencias, se cerró en un castillo antiguo y desamparado, desde donde consolaba á todos; pero no se dejó ver por el largo espacio de veinte años, y del que salió al fin, para ser el maestro, la guia, el director de tantos santos solitarios y ermitaños que del África, la Italia, Francia, España y de todas las partes del mundo vuelan á ponerse bajo su regla y direccion.

Si hoy hubiera yo de formar la apología de tantas santas corporaciones de monjes y religiosos, conocidas en el cristianismo y aprobadas por la cabeza visible de la iglesia, no os diria que en ellas y por ellas se conserva la pureza de la fe y los testimonios auténticos de nuestra religion; no os diria que ellas proporcionan á las almas la perfeccion evangélica y el formarse y refundirse en Jesucristo; no os pondria delante la inmensidad de mártires, de doctores, confesores y vírgenes que plantados en ellas agradaron al Señor con el buen olor de sus virtudes; no os diria que á ellas debe el mundo no solo los ejemplos mas heróicos de santidad y virtud, sino tambien los descubrimientos mas útiles y los progresos de las ciencias y las artes; no diria nada de lo mucho que pudiera decir sobre este asunto, sin temor de ser desmentido por los espíritus inquietos, ambiciosos y perturbadores de nuestro siglo. Os presentaria solamente á san Antonio Abad, y os diria que de este hombre admirable recibieron todos su principio: que para llevar á cabo su obra tuvo que resistir y contrarrestar á todo el infierno, á los mayores y mas violentos ultrajes, sugeriones, golpes y dicterios del demonio; á las caricias y promesas, y que en medio de tantas borrascas Antonio triunfó y permaneció firme contra todo el poder de las cavernas, ayudado del poder de su Dios. Y una obra á que con tanto empeño resiste el demonio, una obra que el infierno entero no puede derribar, una obra á cuya construccion contribuye el poder de Dios, que anima y fortalece á su siervo, no puede ser sino útil, buena, santa... Si, san Antonio Abad puso la primera piedra de esta obra escogida y que tanto habia de extenderse en la iglesia; pero ayudado é inspirado de Dios. Por eso no cayó en los desvarios y derrumbaderos por que se han precipitado todos los que ántes y despues de él, sin ser elegidos, ni llamados por Dios, y solo por su necio capricho han querido emprender la reforma de las cosas santas y costumbres piadosas; por eso venció y se puso á salvo

de los peligros que son casi inseparables de los superiores; no se desvaneció con la gloria de sus milagros, de sus victorias, de las honras que le prodigaron los mismos emperadores y poderosos del mundo, y siempre humilde, siempre desconfiado de sí mismo, siempre temeroso de su Dios, jamás se expuso voluntariamente á la tentación, ni quiso obrar sino según la ley y las inspiraciones de su Dios. *Timenti Dominum non occurrent mala.*

¡Cómo no hemos de caer nosotros, si á cada momento entramos por nuestros mismos pasos en la cueva del león escondido que desea nuestra ruina! ¡Si nosotros mismos entramos en el juego, en la conversacion, en el paseo, en las chanzas y deshonestidades; si en vez de huir de la tentación que nos busca y del peligro que se nos presenta, corremos á los peligros y buscamos las tentaciones que huyen de nosotros, caemos y somos vencidos porque voluntariamente nos exponemos á la tentación. Y caemos también porque no nos armamos contra ella.

Nada dejó por mover el demonio para apartar de sus propósitos á nuestro santo. Le puso delante los peligros de su hermana, lo triste y penoso de la soledad, lo espantoso del desierto; le pintó con los colores mas vivos la pobreza y miseria del estado que determinaba abrazar, le recordaba la estimación de sus parientes, le hacia ver que podia servir á Dios con mas utilidad en medio del mundo, le molestaba en las noches con gritos y alaridos espantosos, con ahullidos horribles; cuando despertaba en su corazón la codicia, cuando los deleites de la carne; ahora le persuadía con halagos, luego con amenazas; unas veces se le presentaba en formas espantosas; otras bajo las apariencias mas bellas y provocativas; en unas ocasiones se venia á sus piés como vencido para mover su amor propio, en otras hacia salir del infierno innumerables demonios, que con los aspectos y formas mas horrorosas le acometen para despedazarle, cargan sobre él, uno le hiere, otro le escupe, este le mofa, aquel le arrastra y todos le dejan medio muerto... Espíritus incrédulos y libertinos, suspended vuestros juicios y no tengáis estas relaciones por fábulas y por ilusiones de una imaginación extraviada y delirante; de un alma infatuada y sumergida en las mas absurdas preocupaciones.

La poca ó ninguna experiencia que tenéis de la vida espiri-

tual y cristiana, debe haceros contener en vuestras ideas y tal vez en vuestras burlas, desprecios y risas. Entended que si vosotros os veis libres de estas tentaciones del demonio, es porque hacéis su voluntad y sus obras. Sabed que ese infeliz reposo en que vivís no procede de la paz, sino de la dureza de vuestras conciencias. Que vuestras cadenas no pesan sobre vuestros hombros, porque es voluntaria vuestra esclavitud. El demonio no os tienta, porque ya sois suyos y hacéis un cuerpo con él, que es vuestra cabeza, porque lejos de tentaros y perseguiros, dice el padre san Gregorio, usa y se vale de vosotros como de ministros suyos para perseguir y tentar á los piadosos y justos. No sois tentados: Ah! Esta es la mas cruel y la mas desdichada tentación!

A pesar pues de todas estas asechanzas y violencias del enemigo, san Antonio Abad vence porque teme á Dios y ha aprendido en su escuela que con la oración, el ayuno, las mortificaciones, el menosprecio de sí mismo, se huye y vence de nuestros enemigos; porque pasa las noches enteras en el silencio de la contemplación divina, mortifica sus carnes, castiga su cuerpo, y le reduce á servidumbre, refrena sus apetitos, llama á Dios en su ayuda, desconfía de su valor, y lleno de humildad.... ¿Á dónde estabas, Dios mio, decia en una ocasión, á dónde estabas, buen Jesus? ¿Por qué no viniste ántes y te hallaste en mi pelea para favorecerme y sanar mis llagas?

Venció á todos sus enemigos porque se hizo fuerte con aque- ayuno admirable, en que solo tomaba alimento dos veces a año en los veinte que estuvo en su encierro; con aquella oración continua en que pasaba absorto, hasta que el sol le hacia volver en sí con harto dolor suyo. Oh sol! decia. ¿Por qué con tu luz me quitas la claridad de la verdadera y sempiterna lumbré? Con aquella humildad con que, rebosando en una santa y modesta alegría, venia á ofrecer á los piés de Jesucristo los despojos que habia conseguido en sus combates, confesándole el unico autor de su salud y sus victorias; con aquella penitencia que tenia á su cuerpo extenuado y consumido, con aquella caridad para con su Dios y para con sus hermanos, con aquella.... No concluiría si me empeñara en poner á vuestra vista los infinitos medios de que se valió contra sus enemigos para vencerlos.

No, no me digais ya que las tentaciones os destruyen y ha-

cen pecar. Decídmelo sí, que vuestra tibieza, que vuestra flojedad, vuestro regalo y vuestra soberbia os han hecho débiles contra vuestros enemigos. El omitir un día la misa, otro la oración, hoy el ayuno, mañana la mortificación, un mes la confesión y comunión, en una palabra, el no haber resistido, el haberos desarmado vosotros mismos ha dado el triunfo á vuestros enemigos. Jamás hubierais caído en la tentación si hubierais orado, ayunado, mortificado y sujetado vuestra carne, si os hubieseis armado contra ella como san Antonio Abad.

No basta solo armarse y resistir á las tentaciones, es preciso saberlas resistir con prudencia. De los afectos del alma que llamamos pasiones del apetito sensitivo, unas, dice mi angélico doctor santo Tomás, pertenecen á la parte concupiscible y otras á la irascible. Por estas puertas entran todas las tentaciones al alma; pero en ellas debe el alma portarse de un modo muy distinto, porque las que son de la parte irascible se han de vencer resistiéndolas con valor, y las que son de la concupiscible se han de vencer huyéndolas con temor. Aquellas se han de vencer luchando, estas huyendo. Así es como lo practicó nuestro santo. Desafiaba impávido á los demonios cuando le atormentaban, cuando se ostinaban en horrorizarle, cuando llenaban el desierto de espectros, cuando á fuerza de golpes maquinaban su desesperación, cuando procuraban despertar su ira con dicerios, mofas, burlas, blasfemias.... Miserables! les decía: ¿uno de vosotros no puede pelear con un hombrecillo, que os reunís tantos para derribarle? ¿Cómo os habéis transformado en bestias fieras? ¿Dónde está aquella cara angélica que teníais! Qué hacéis? Si me podéis tragar, tragádmelo y destruídmelo; y si no ¿por qué emprendéis lo que no podéis hacer? Pero cuando despertaban en su corazón la codicia, el amor propio, los regalos del mundo, la quietud que gozaba en su casa, las lágrimas de su hermana; cuando le ponían delante el oro y la plata, cuando para excitarle á la lascivia se le presentaban en las formas más provocativas y alicientes, entonces acordándose del fuego infernal, del gusano roedor, de las tinieblas perpetuas, de la confusión y desesperación eterna de los que se entregan á los apetitos bestiales, acudía á su Dios, oraba, se alligía, huía de semejantes visiones. Señor, decía: vos sois mi amparo y mi refugio, no me olvidéis, no me abandonéis en el día de mi tribulación. Así venció las tentaciones sabiendo huir

con prudencia de las que debemos huir, y acometer las que debemos acometer.

¿Cuántas menos serían nuestras caídas, hermanos míos, si así supiéramos resistir á las tentaciones! ¿Cuántas menos serían las victorias de nuestros enemigos! Pero si se huye de la que se debe acometer, y se acomete la que se debe huir.... Si se lucha con la tentación deshonesto y se huye de la persona ¿cómo ha de ser vencido el demonio?

No lo haces así, cristiano? Todo es huir del que te murmura, del que te es pesado, del que te mortifica con su condición, y te pones á luchar con quien te acaricia, te arrastra la voluntad y te roba el afecto. Lo hierras, imprudente, y he ahí porqué tú mismo eres la causa de tus desdichas. Unos, aunque son los menos, usan indiscretamente del ayuno y de las mortificaciones; otros viniendo el enemigo por una parte, como los lascivos, debiendo armarse de la oración y del ayuno, se defienden por otra usando de limosnas y visitas de enfermos; otros tentados de la avaricia ayunan y no dan ni una limosna; estos, pacientes y sufridos, siempre lo dejan de ser en sus enfermedades, en sus pérdidas y desgracias; aquellos debiendo corresponder al enemigo con amor y mansedumbre, le corresponden con odio y con las injurias; los otros lejos de reconocerse culpados, quieren vindicar su conducta con el ejemplo de los demás; todo es error, todo es imprudencia, todo es no saber resistir á las tentaciones.

Supuesto, hermanos míos, que es indispensable el padecerlas y que el Señor quiere que seamos tentados, aprendamos de san Antonio Abad á vencerlas y hacernos superiores á nuestros enemigos. Hemos visto que estos, aunque flacos y desarmados, nos vencen porque nosotros mismos con una temeridad increíble nos exponemos y entramos en los peligros, porque nos desarmamos para la pelea, y porque imprudentes no sabemos usar de las armas proporcionadas al combate. No tenemos razón para culparlos de nuestras caídas, cuando san Antonio Abad como un guerrero diestro y esforzado nos enseñó ya á vencerlos. No tememos el poder de todo el infierno, cuando san Antonio Abad nos ha enseñado á sujetarle y despreciarle. Culpémonos y temámonos á nosotros mismos, aprendamos á pelear contra nuestras pasiones, y no temamos á ningún enemigo extraño. Vencete á ti mismo y tienes vencido al mundo y al de-

monio. Si el diablo ó sus ministros te proponen el logro, que no encuentren en ti la avaricia : si te brindan con la lascivia, que hallen dentro de ti la castidad : pelea contigo mismo ; si no sientes á tu enemigo, sientes á tu concupiscencia, vence á esta y vencerás á todos aquellos. Sí, esta es la mayor victoria, vencerse á sí mismo. Así y solo así es como se consigue la palma y corona eterna que está preparada para los que triunfan.

Encendámonos en unos deseos vivos de conseguirla, estimulémonos con los ejemplos de ese varon fuerte, prolongados por el espacio de mas de cien años que duró su vida, alentémonos á la vista de la gloria que ahora disfruta, tomemos sus armas, oremos, velemos. Temamos al Señor como él, y el Señor tambien cumplirá con nosotros la promesa del oráculo divino : «Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno : el Señor le librará de todos y le conservará en la tentacion. » Así sea.

SERMON

DE SAN ANTONIO ABAD.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Vos estis lux mundi.

Vosotros sois la luz del mundo.

S. Mat., c. 5. v. 14.

Iglesia santa! Digna esposa del Cordero virgen! Adórnate con los vestidos de gloria : alégrate en Dios tu Salvador : recibe las aclamaciones y parabienes de tus hijos. Tú que como Raquel te deshaces en llanto y sollozos lastimeros, por ver á tus hijuelos despedazados por todas partes... Tú que al ver las provocaciones de la multitud pervertida, gimes inconsolable y te ocultas para dejar correr tus lágrimas en la afliccion... suspende tu dolor : no te desconsueles, canta himnos de alabanza y regocijo, porque el Señor ha dirigido sobre ti una mirada de amor y de ternura. Regocijate, madre del amor casto y hermoso. Tú que no te alimentas sino con los frutos de honor y honestidad ; que no habitas sino entre rosas, azucenas y jazmines, y eres el reclinitorio en que el celestial Esposo tiene sus delicias con los hijos de los hombres, prorrumpes en cánticos de júbilo y de alegría, porque tu felicidad está decretada en el cielo, porque un santo esclarecido va á consolarte, á aumentar tus glorias, á defenderte, á ilustrarte, y no es cosa de que te entregues á las tristezas y desconsuelos. Convoca mas bien á los fieles para que alaben, bendigan, ensalcen, engrandezcan y glorifiquen al que es admirable en sus santos, y haz que todos demos gracias á nuestro Dios, porque esto es muy digno y justo.

Así, amados oyentes, así lo hace la iglesia santa al llamarnos